

*El final del paradigma antifascista en la Italia republicana**

Luca Polese Remaggi

Universidad de Salerno

Fecha de aceptación definitiva: 16 de septiembre de 2011

Resumen: El centro de este ensayo reside en un debate cultural sobre la Historia de Italia durante el siglo xx, que se desarrolló durante el decenio de los noventa como consecuencia de la crisis del sistema político republicano. El primer debate concernía a la posición que desempeñaron los intelectuales durante los años de la posguerra acerca del fascismo, comunismo y democracia. El segundo debate se centró sobre la contribución de la resistencia antifascista en la refundación de la identidad nacional italiana. Una narrativa revisionista apareció tanto en los medios académicos como en los medios de comunicación, por lo que se podría decir que el antifascismo siguió jugando un importante papel institucional. Con la era Berlusconi surgió un conflicto cultural entre memoria y consenso, que se podría decir que son los elementos que normalmente intervienen en el seno de una democracia representativa.

Palabras clave: intelectual, fascismo, comunismo, democracia, Italia.

Abstract: The focus of this essay is on the cultural debate on 20th Italian history that unfolded at the beginning of the Nineties as a consequence of the crisis of the Republican political system. Two issues were at stake. The first concerned the position that intellectuals had held during post-war years on Fascism, Communism and Democracy. The second concentrated on the contribution that Antifascist Resistance had given to the re-foundation of Italian national identity. Even though a revisionist narrative took place either in the academic environment or in the mass media, one can say that Antifascism continued to play an important institutional role. What really changed was that during the Berlusconi's era Italian politics got involved in a deep cultural conflict between memory and consensus, that is to say those elements which normally are intertwined within a modern representative democracy.

Keywords: intellectual, fascism, communism, democracy, Italy.

* Traducción: Emanuele Treglia.

La Italia republicana se ha basado durante décadas en la combinación de dos principios de legitimidad: uno de raigambre antifascista, y el otro anticomunista. Esta copresencia ha sido el fruto de la implantación precoz de las dinámicas de la Guerra Fría sobre el esquema que se había delineado durante la Guerra Mundial, y que todavía persistía¹. Esta implantación se realizó en 1947, cuando la exclusión de socialistas y comunistas de la coalición gubernamental liderada por la Democracia Cristiana (DC) de Alcide De Gasperi, representó el primer paso hacia la formación del sistema político republicano que, precisamente en aquel entonces, asumió caracteres que persistieron invariables hasta los acontecimientos de 1989. De hecho, a partir de 1947, y de manera definitiva después de la aplastante victoria demócrata-cristiana en las elecciones del 18 de abril de 1948, el anticomunismo levantó la barrera de la *conventio ad excludendum* hacia la izquierda, aunque también las derechas monárquicas y neofascistas se vieron confinadas en los márgenes del sistema, imposibilitadas, tanto como los partidos de izquierda, para acceder al área de gobierno². El antifascismo, por lo tanto, igual que el anticomunismo, desempeñó un papel excluyente.

Pero el antifascismo actuó también en el sentido de favorecer aquella tendencia *ad sub includendum* que permitió la incorporación, en diferentes fases de la historia republicana, de sectores de la oposición en la mayoría gubernamental. Si la coalición de centro que se formó al final de los años cuarenta se inspiró en un principio de carácter antitotalitario, y por lo tanto no sólo antifascista, la sucesiva apertura hacia el Partido Socialista (PSI), que culminó con la formación de los gobiernos de centro-izquierda en los años sesenta, se construyó sobre la base de la plena recuperación de la identidad antifascista. Ésta, en seguida, permitió el acceso al área gubernamental también a los comunistas, aunque este acceso se reveló temporal y dictado sobre todo por la emergencia política y económica de los años setenta. Desde un punto de vista general, se puede afirmar que mediante el uso político del antifascismo fue posible garantizar el sistema político italiano nacido en 1947-1948 una evolución que no habría tenido si el único principio regulador hubiera sido el anticomunismo dictado por la Guerra Fría.

Antifascismo y anticomunismo fueron instrumentos de batalla política, utilizados abundantemente con el intento de deslegitimar a los adversarios. Sobre la base del antifascismo, como veremos, los comunistas pudieron acusar a las fuerzas gubernamentales de ser fascistas y, al mismo tiempo, dibujarse a sí mismos como

¹ Sobre el paso de la política de la Guerra Mundial a la política de la Guerra Fría en Europa, véase JUDT, Tony: *Dopoguerra. Come è cambiata l'Europa dal 1945 a oggi*, Milano, Mondadori, 2007, pp. 164 y ss.

² La naturaleza del sistema político republicano ha sido objeto de innumerables estudios realizados por historiadores y politólogos. Para un debate reciente véase CRAVERI, Piero: *La democrazia incompiuta. Figure del '900 italiano*, Venezia, Marsilio, 2002; y *La repubblica dal 1958 al 1992*, Torino UTET, 1995.

demócratas *porque* antifascistas. De todas formas, también el anticomunismo desempeñó una análoga función de deslegitimación política, sobre todo entre el final de los años cuarenta y el comienzo de los cincuenta³.

La tarea de este ensayo consiste en preguntarse cuándo y por qué los principios de legitimidad del sistema político republicano, y de especial modo el principio antifascista, entraron en crisis. A este propósito, se tendrá que centrar la atención sobre el crepúsculo de la Primera República, los años ochenta, cuando surgió la exigencia de una reforma global del sistema político-institucional, pero que al final no fue realizada. Al final de la década, los grandes acontecimientos históricos que se estaban desarrollando a escala global tuvieron significativas repercusiones en la política italiana: el equipo dirigente del partido comunista tuvo que sacar las debidas conclusiones de la caída del Muro, al mismo tiempo que las fuerzas gubernamentales tuvieron que realizar un enorme esfuerzo de saneamiento financiero para permitir al país emprender el último tramo del camino hacia Maastricht⁴. La regla de Tocqueville, según la cual el momento más difícil para un mal gobierno es cuando intenta reformarse, se verificó puntualmente⁵. Justo en el momento histórico en que la democracia y el mercado parecían triunfar en Europa, a partir de 1992 Italia asistió a la desestructuración de su sistema político por medios judiciales. El «gran alud», que había paulatinamente empezado a desmoronarse desde el comienzo de los años setenta a causa del creciente déficit en la balanza de pagos, llegó ruinosamente al valle⁶.

En este marco general, se empezó un intenso debate histórico-político que se centró especialmente en dos cuestiones. La primera se refería a la posición tomada por los intelectuales italianos a lo largo del siglo xx sobre fascismo, democracia y comunismo. La segunda cuestión, relativa a los orígenes de la historia republicana, se centraba sobre la capacidad que había tenido la Resistencia para refundar la identidad nacional después del derrumbe del Estado monárquico. Por estas dos vías, la ofensiva revisionista tocó los nervios descubiertos de casi cincuenta años de política republicana: por un lado, la legitimación democrática del Partido comunista, que había retrasado la maduración de la democracia italiana en sentido liberal; por el otro, el problema de la identidad nacional, cuya ausencia había

³ Para la deslegitimación del adversario político en la historia italiana: DI NUCCI LORETO y GALLI DELLA LOGGIA, Ernesto (eds.): *Due nazioni. Legittimazione e delegittimazione nella storia dell'Italia contemporanea*, Bologna, Il Mulino, 2003.

⁴ DYSON, Kenneth y FEATHERSTONE, Kevin: *The road to Maastricht: negotiating economic and monetary union*, Oxford, Oxford University Press, 2003.

⁵ COTTA, Maurizio e ISERNIA, Pierangelo (eds.): *Il gigante dai piedi d'argilla: la crisi del regime partitocratico in Italia*, Bologna, Il Mulino, 1996.

⁶ CAFAGNA, Luciano: *La Grande slavina. L'Italia verso la crisi della democrazia*, Venezia, Marsilio, 1993.

favorecido la lógica partidocrática y una actitud irresponsable de la clase política, que había malgastado los recursos públicos para ganarse consenso. Es decir, el revisionismo había individuado en el antifascismo, entendido como paradigma y principio legitimador, algunos aspectos que se configuraban como factores responsables del carácter deficitario de la democracia italiana, de un atraso cultural que estaba ahora llamado a la confrontación con el proceso de europeización.

A pesar de esta poderosa ofensiva, el antifascismo demostró capacidad de recuperación en los años noventa, pero en un contexto ya completamente transformado, sobre todo a causa de la entrada en política de Silvio Berlusconi. El antifascismo ha tenido en estos años una significativa proyección institucional, ligándose a estrategias de la memoria implementadas por la presidencia de la República. Pero al mismo tiempo, mientras la sociedad italiana ha continuado su proceso de transformación, alejándose más de la política y de sus símbolos, se ha ido delineando alrededor de la presidencia del ejecutivo, en las fases en que este cargo ha sido ocupado por Berlusconi, una estrategia del consenso que no sólo ha tomado raramente en consideración los lugares y los momentos de la memoria institucional, sino que ha llegado casi a demonizarlos. En otras palabras, el eterno carácter *divisivo* de la política italiana ha acabado emergiendo también en nuestro tiempo, tomando la forma de un conflicto entre memoria y consenso, es decir, un conflicto entre aquellos elementos que normalmente deberían mantener unida una moderna democracia representativa.

El paradigma antifascista en la era republicana

Desde los orígenes de la historia republicana, la memoria del fascismo y de la Guerra alimentó la construcción de una narración peculiar: el fascismo había sido la dictadura de una minoría, en cambio la Guerra Mundial, en la cual el pueblo italiano en realidad no quería participar, había llevado a la explosión de las contradicciones del régimen, culminando en las derrotas militares y en la ocupación del territorio nacional. La sucesiva Guerra de liberación contra el nazismo y el fascismo, por su parte, había contado con una intensa participación popular, constituyendo el primer paso hacia la implantación de la democracia en Italia⁷. Hasta la batalla del referéndum del 2 de junio de 1946, en que se decidió dar al Estado italiano la forma de una república, también la monarquía participó en cierta medida en la elaboración de esta narración absolutoria. Ésta desempeñó un papel importante, por lo menos desde un punto de vista psicológico, en el período inmediatamente sucesivo, también en función de las negociaciones con los Aliados, que en el febrero de 1947 llevaron a la firma del tratado de paz. Remonta a estos

⁷ Para esta «narración hegemónica», su disgregación, y sucesivo desarrollo de retóricas antifascista a lo largo de la Primera República, FOCARDI, Filippo: *La guerra della memoria. La Resistenza nel dibattito politico dal 1945 a oggi*, Roma-Bari, Laterza, 2005.

años el tenaz estereotipo del «italiano bueno», diferente respecto al «alemán malo», basado en la diferente actuación de los dos ejércitos del Eje durante el período 1940-1943.

La Guerra Fría determinó el final de la coalición antifascista que había guiado la transición del fascismo a la República en la fase 1944-1947. Después de la exclusión de socialistas y comunista del gobierno, el sistema político empezó a funcionar según una fórmula centrista, por lo tanto el partido católico en el poder se alió de manera estable con los partidos laicos, excluyendo del área gubernamental los neofascistas y los monárquicos en la derecha, y los socialistas y los comunistas en la izquierda. Esta configuración se vio fortalecida por las elecciones del 18 de abril de 1948, que representaron una gran derrota para la izquierda social-comunista. Dos diferentes concepciones de la democracia se superpusieron: por un lado la democracia antifascista, que había llevado a la Constitución, entrada en vigor en enero de 1948 gracias también a la colaboración de las izquierdas; por el otro, la «democracia protegida», que en cambio se basaba en la exclusión del gobierno de aquellas mismas izquierdas. El tiempo de la Guerra Fría se había superpuesto, sin anularlo completamente, al tiempo de la Guerra Mundial⁸.

No hubo sólo una superposición de conceptos, sino la intensificación de una fuerte conflictividad política, que produjo recaídas sobre las políticas de la memoria, poniendo en crisis aquella narración hegemónica a que nos hemos referido antes. El antifascismo fue progresivamente marginado del gobierno. Los ex-partisanos fueron puestos bajo control, mientras personalidades del régimen fascista se vieron rehabilitados por un poder judicial de orientación conservadora. El movimiento obrero fue objeto de una política a veces duramente represiva⁹. Pero el antifascismo representó un precioso recurso para la oposición socialista y comunista, que se percibió a sí misma como encargada de defender la democracia, la libertad y la cultura frente a las tentaciones autoritarias del Gobierno¹⁰. Se debe a Lucio Lombardo Radice, un conocido intelectual comunista, la formulación precoz de un discurso dirigido a legitimar el comunismo por medio del antifascismo, y a deslegitimar en cambio el anticomunismo, juzgado, incluso en sus formas liberales, como la antecámara de una cultura autoritaria¹¹.

⁸ LEPRE, Aurelio: *L'anticomunismo e l'antifascismo in Italia*, Bologna, Il Mulino, 1997. Sobre la formación de la memoria republicana, véase ZUNINO, Pier G.: *La repubblica e il suo passato: il fascismo dopo il fascismo, il comunismo, la democrazia*, Bologna, Il Mulino, 2003.

⁹ SODDU, Paolo: *L'Italia del dopoguerra (1947-1953). Una democrazia precaria*, Roma. Editori Riuniti, 1998.

¹⁰ GALLI DELLA LOGGIA, Ernesto: «La perpetuazione del fascismo e della sua minaccia come elemento strutturale della lotta politica nell'Italia republicana», en L. di Nucci y E. Galli della Loggia (eds.), *Due nazioni. Legittimazione...*, op. cit., pp. 227-262.

¹¹ LOMBARDO RADICE, Lucio: *Fascismo e anticomunismo. Appunti e ricordi 1935-1945*, Torino, Einaudi,

La propuesta de modificación de la Ley electoral en sentido mayoritario al acercarse las elecciones del 7 de junio de 1953, representó el momento de máxima contraposición. La propuesta había estado basada en la afirmación, por parte de los exponentes del Gobierno, que la situación recordaba el crepúsculo de Weimar, con las alas extremas de derecha y de izquierda que ganaban terreno frente a las fuerzas democráticas, poniendo por lo tanto potencialmente en peligro la estabilidad de las instituciones. Una vez más, se enfrentaron dos tipos de legitimidad: una de carácter antifascista, que denunciaba el peligro de que el Gobierno emprendiera la vía del autoritarismo; otra de carácter antitotalitario, que en cambio reivindicaba el derecho del Gobierno a estudiar los medios para evitar la deriva antidemocrática del sistema¹².

El fracaso del proyecto gubernamental fue la premisa de una nueva fase en la vida pública italiana, en que la combinación entre antifascismo y anticomunismo, entre memoria y miedo, fue dosificada de una manera muy diferente. También a causa de los profundos cambios internacionales —la muerte de Stalin, el armisticio coreano, y las primeras señales de coexistencia pacífica—, el espacio del miedo se redujo y ganó terreno al de la memoria: el antifascismo, por lo tanto, volvió a ser utilizado como recurso no sólo exclusivamente por la oposición, sino también por las fuerzas gubernamentales, por lo menos por aquellos sectores que querían promover una evolución del sistema político hacia la izquierda, con el objetivo de englobar a los socialistas, los cuales se habían puesto a la búsqueda de su autonomía ya antes de los fatídicos acontecimientos de 1956¹³. No fue casual, por lo tanto, que la inspiración antifascista volviese con fuerza en los discursos y en la actuación del nuevo Presidente de la República, Giovanni Gronchi. La Resistencia antifascista, para él, representaba la fuerza motriz de la Constitución, que todavía esperaba ser realizada en algunas de sus instituciones fundamentales, es decir la Corte Constitucional y el Consejo Superior de la Magistratura¹⁴.

A partir del final de los años cincuenta, las políticas de la memoria se vieron significativamente implementadas: las organizaciones partisanas recibieron

1946. Sobre la compleja fenomenología del anticomunismo, que no se puede reducir simplemente al autoritarismo de derecha, véase PERTICI, Roberto: «Il vario anticomunismo italiano (1936-1960): lineamenti di una storia», en L. di Nucci y E. Galli della Loggia (eds.), *Due nazioni. Legittimazione...*, op. cit.

¹² Sobre el síndrome weimariano ha insistido QAGLIARIELLO, Gaetano: *La legge elettorale del 1953. Dibattiti storici in Parlamento*, Bologna, Il Mulino 2003. Véase también PIRETTI, Serena: *La legge truffa*, Bologna, Il Mulino 2003.

¹³ Véase el reciente PINTO, Carmine: *Il riformismo possibile. La grande stagione delle riforme: utopie, speranze, realtà (1945-1964)*, introducción por COLARIZI, Simona, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2008, pp. 91 y ss.

¹⁴ Sobre el retraso constitucional y sus razones históricas, véase DE SIERVO Ugo, GUERRIERI Sandro y VARSORI, Antonio: *La prima legislatura repubblicana. Continuità e discontinuità nell'azione delle istituzioni*, Atti del convegno (Roma 17-18 ottobre 2002), Roma, Carocci, 2004.

un reconocimiento oficial, las fiestas de la Liberación se transformaron en fiestas verdaderamente nacionales, con la participación de los representantes de las instituciones y de todas las fuerzas políticas democráticas, y los valores del antifascismo penetraron también en el ámbito escolar mediante iniciativas culturales¹⁵. La narración antifascista recibió linfa vital también por los acontecimientos del verano de 1960, cuando el Gobierno liderado por el demócrata-cristiano Tambroni concedió al Movimiento Social Italiano (MSI) tener su congreso en Genova, ciudad medalla de oro de la Resistencia. Los enfrentamientos callejeros en Genova y otras ciudades constituyeron una fuerte reafirmación de los valores y de las memorias del antifascismo. La vía que conducía a la apertura gubernamental hacia la izquierda apareció irreversible.

Antifascismo y Resistencia, en tanto que iban adquiriendo oficialidad, se inclinaron también en un sentido radicalmente diferente. Los movimientos juveniles de la izquierda radical empezaron a servirse de un lenguaje antifascista, pero utilizándolo en contra de la Italia de los partidos oficiales. En los años sesenta, de hecho, cobró nuevamente fuerza un fragmento del discurso resistencial de los orígenes, que el *epos* oficial de la liberación nacional había momentáneamente enterrado. Me refiero a la Resistencia entendida como guerra revolucionaria, cuyos autores acusaban al PCI de haber traicionado a la clase obrera de la posguerra para pactar en cambio con las fuerzas moderadas¹⁶. La retórica de la Resistencia traicionada reactivaba una concepción muy difusa también entre los que habían tomado parte en el Partido de Acción, los cuales nunca habían utilizado un discurso relacionado exclusivamente con la dimensión de clase. Para los protagonistas de lo que había sido el *accionismo*, la Resistencia había sido esencialmente una guerra civil entre fascistas y antifascistas, en lucha para realizar dos diferentes y antitéticas concepciones del Estado. Sin embargo, también los accionistas estaban convencidos de que la carga innovadora de la Resistencia había sido desactivada por los compromisos entre los partidos, y en especial por la traición del PCI¹⁷.

El nexo fascismo-antifascismo persistió también en los años setenta, alimentando diferentes discursos que tomaron forma a partir de la matanza «fascista» de Plaza Fontana en 1969. Fuera (y en contra) del sistema político, tomó rápidamente cuerpo la idea de «nunca más sin el fusil», por parte de los grupos de la izquierda radical, cuyo antifascismo estaba destinado a desembocar en la violencia armada del terrorismo rojo. En el interior del sistema, en cambio, el PCI individuó en la tradición antifascista un tejido de memorias comunes para resistir al clima de

¹⁵ GALLI DELLA LOGGIA, Ernesto: «La perpetuazione del...», *op. cit.*

¹⁶ FOCARDI, Filippo: *La guerra della...*, *op. cit.*

¹⁷ NOVELLI, Claudio: *Il Partito d'azione e gli italiani: moralità, politica e cittadinanza nella storia repubblicana*, Milano, La Nuova Italia, 2000.

violencia de aquellos años, llegando a lo largo de la década a hacerse garante de las instituciones democráticas. Se trataba de dos antifascismos, de dos diferentes Resistencias. La primera Resistencia, es decir, la resistencia roja de los movimientos y de los grupos ideológicos, se sentía traicionada por los partidos de izquierda en 1945. La segunda, aquella imaginada por el PCI, se basaba sobre un clásico *heri dicebamus*. Entre 1944 y 1947 los partidos de masas habían colaborado no sólo para liberar Italia, sino también para transformarla gradualmente en sus estructuras sociales y políticas. En el contexto de los años setenta, entre la crisis italiana y la distensión internacional, aquella colaboración podía ser reemprendida¹⁸. La DC se adhirió a esta reevaluación del antifascismo, pero quedándose en el interior de determinados límites, en el sentido que la colaboración política con el PCI, que culminó en los gobiernos de solidaridad nacional (1976-1979), no estaba concebida por la mayoría de sus dirigentes como una estrategia a largo plazo, sino esencialmente circunstancial. También en el ámbito historiográfico, el mundo católico no se mostró dispuesto a dejar al margen las decisiones de De Gasperi, el hombre que había elegido interrumpir la colaboración con socialistas y comunistas en 1947. Treinta años después, en 1977, vio la luz un importante trabajo de investigación sobre su figura, realizado por Pietro Scoppola¹⁹.

La disgregación del paradigma antifascista a partir de los años ochenta

Según los historiadores, los años ochenta han representado una «década larga» en las vicisitudes de las instituciones políticas italianas, abriéndose en 1979 con el final de los gobiernos de solidaridad nacional, y cerrándose sólo en 1992 con el final de los partidos históricos de la República por medios judiciales²⁰. Entre estos dos límites cronológicos, se desarrolló una década que ha visto el progresivo agotamiento de la legitimidad de los viejos partidos y de su capacidad para realizar una reforma de las instituciones que se presentaba como necesaria, ahora que el sistema político nacido en 1947-1948 había agotado su dinámica expansiva. Terminada la fase de la solidaridad nacional —el auge de la peculiar estrategia *ad sub includendum* que el poder demócrata-cristiano había utilizado con las oposiciones— el sistema político no tenía otra posibilidad que encaminarse hacia una reforma global²¹.

¹⁸ Sobre el PCI en los años setenta, su estrategia política y su colocación internacional, véase BARBAGALLO, Francesco: *Enrico Berlinguer*, Roma, Carocci, 2006; PONS, Silvio: *Berlinguer e la fine del comunismo*, Torino, Einaudi, 2006.

¹⁹ SCOPPOLA, Pietro: *La proposta politica di De Gasperi*, Bologna, Il Mulino, 1977.

²⁰ COLARIZI, Simona, CRAVERI, Piero, PONS, Silvio y QUAGLIARIELLO, Gaetano (eds.): *Gli Anni ottanta come storia*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2004.

²¹ CRAVERI, Piero: «Dopo l'unità nazionale. La crisi del sistema dei partiti», en S. Colarizi, P. Craveri, S. Pons y G. Quagliariello, Gaetano (eds.), *Gli Anni ottanta...*, op. cit., pp. 11-29.

En el área socialista surgió la hipótesis de una reforma presidencialista, basada en la esperanza de que Italia pudiera seguir la trayectoria francesa, con los socialistas finalmente capaces de reconquistar la guía de la izquierda, reduciendo el peso de los comunistas²². En este momento, y con esta estrategia socialista, se llegó al punto de ruptura del paradigma antifascista, porque en diferentes sectores empezó a madurar la convicción de que este mismo paradigma había constituido durante décadas la inagotable fuente simbólica de legitimación democrática del PCI y, al mismo tiempo, el recurso que dicho partido había empleado para la deslegitimación del adversario político. Dicho de otra forma: redimensionar el comunismo italiano significaba sobre todo poner en discusión su título de legitimidad como fuerza democrática antifascista. Este ataque cultural se puede notar en la entrevista que el historiador del fascismo Renzo De Felice concedió a Giuliano Ferrara para el «Corriere della Sera». Se definía al antifascismo como una ideología de Estado, y por lo tanto un obstáculo para la evolución de la democracia italiana desde la originaria configuración antifascista hacia una moderna democracia liberal²³.

De Felice se había ya enfrentado al antifascismo durante los años setenta, cuando la publicación de un libro-entrevista sobre el fascismo desencadenó una dura polémica por parte de los historiadores de orientación comunista²⁴. Ellos advirtieron que ya en el uso que el historiador había hecho del término «consenso» a propósito del régimen fascista había un intento absolutorio, y quizás la tentación de revalorizar el régimen y su actuación. Los historiadores comunistas afirmaron también que la tesis de De Felice no era nada innovadora. Pocos años antes, en efecto, Ernesto Ragionieri había editado *Lezioni sul fascismo*, una obra de Togliatti en que se definía la dictadura musoliniana un «régimen reaccionario de masas»: era una definición que se remontaba a los años treinta, y que por lo tanto demostraba que De Felice estaba solamente manipulando un tema que ya era conocido por los contemporáneos del fascismo y los historiadores²⁵.

Otros temas de la entrevista defeliciana tocaban aspectos delicados de la identidad de la izquierda italiana. De especial modo, la caracterización del fascismo como régimen revolucionario, una especie de jacobinismo estatalista con la intención de construir el hombre nuevo, describía el régimen de Mussolini como netamente diferente del de Hitler, que en cambio era expresión de una tradición romántico-reaccionaria y se centraba en el tema de la purificación de la raza.

²² COLARIZI, SIMONA y GERVAISONI, MARCO: *La cruna dell'ago, Craxi, il partito socialista e la crisi della Repubblica*, Roma, Laterza, 2005.

²³ Ahora en JACOBELLI, JADER (ed.): *Il fascismo e gli storici oggi*, Roma-Bari, Laterza 1988.

²⁴ DE FELICE, RENZO: *Intervista sul fascismo*, editado por M. A. Ledeen, Roma-Bari, Laterza, 2004 [1975].

²⁵ TOGLIATTI, PALMIRO: *Lezioni sul fascismo*, prefación por E. Ragionieri, Roma Editori Riuniti, 1970.

En otras palabras, De Felice estaba deconstruyendo el fascismo como fenómeno internacional, para el que había una fisonomía reconocible en el período de entreguerras. El historiador liberal alemán Karl Dietrich Bracher estaba siguiendo un análisis análogo en los mismos años²⁶. Hay que añadir que la deconstrucción del fascismo como fenómeno internacional se acompañaba de la reaparición de las analogías entre los dos totalitarismos mayores, el estalinismo y el nazismo. Sintetizando, se puede afirmar que las duras reacciones de la izquierda intelectual se debieron al hecho de que, por primera vez, había sido amenazado el paradigma antifascista y progresista y evidentemente, con él, el núcleo de la legitimidad democrática del comunismo.

La verdadera guerra historiográfica sobre el problema del antifascismo empezó más tarde, durante 1989. En el clima del bicentenario de la Gran Revolución, también en Italia empezaron a circular difusamente las tesis de François Furet a propósito de la muerte de la cultura revolucionaria. La crítica de la primacía de la política entendida como utopía regeneradora, el terror jacobino como matriz de los totalitarismos del siglo xx, y la caracterización del comunismo como movimiento histórico análogo al nazismo, fueron los temas que tuvieron mayor impacto²⁷. Desde un punto de vista general, se puede afirmar que, en el mismo momento en que el socialismo real empezaba su rápida e inesperada disgregación, la circulación de estos temas minó los fundamentos de la cultura progresista. Las que habían sido sus seguridades durante décadas (la Gran Revolución francesa como ruptura histórica hacia la emancipación humana, la distinción entre la revolución rusa y el poder estalinista, la total diferencia entre comunismo y nazismo) empezaron a disolverse²⁸. No se trataba de un fenómeno repentino, porque por lo menos en Francia se había ya dado un proceso de progresiva independencia de los intelectuales que había coincidido con la experiencia de los *nouveaux philosophes*, con la crítica del totalitarismo y con la circulación de las obras sobre los Gulag, empezando por las de Solženicyn²⁹. Los acontecimientos de 1989, además, favorecieron una más intensa recuperación del aquel anti-jacobinismo de matriz liberal que, desde Raymond Aron y Elie Halévy, se remontaba hasta Benjamin Constant y Alexis de Tocqueville.

²⁶ BRACHER, Karl Dietrich: *La dittatura tedesca. Origini, strutture e conseguenze del nazionalsocialismo*, Bologna, Il Mulino, 1973.

²⁷ FURET, François: *Penser la Révolution française*, Paris, Gallimard, 1978, y la traducción italiana: *Critica della Rivoluzione francese*, Roma-Bari, Laterza, 1980. Impreso nuevamente en Francia en 1986, el ensayo furetiano tuvo una nueva edición en Italia justo en 1989.

²⁸ Para la historia de estas seguridades en el ámbito francés, véase JUDT, Tony: *Un Passé imparfait. Les Intellectuels en France 1944-1956*, Paris, Fayard, 1992.

²⁹ HOLLANDER, Paul: *The end of Commitment: Intellectuals, Revolutionaries and Political Morality*, Chicago, Ivan R. Dee, 2006.

En Italia, el tenaz enraizamiento del PCI durante los años ochenta había contribuido a frenar este cambio de sensibilidad en la clase de los sabios. Los intelectuales italianos habían cultivado durante mucho tiempo una identidad orgullosamente antifascista, ajena a la comprensión del fenómeno autoritario y animada, en cambio, por una lectura de la revolución como fenómeno de progreso en la historia del siglo xx. En el heterogéneo mundo de los intelectuales de izquierda, el PCI siguió apareciendo hasta el final como una garantía de carácter democrático, el muro de contención institucional a las tentaciones autoritarias todavía existentes en la clase gubernamental.

La crítica del accionismo como crítica de los intelectuales italianos

La legitimación democrática del PCI tenía pues una fuerte raíz intelectual y, por lo tanto, no fue casual que el revisionismo historiográfico actuara sobre todo en este terreno. En un artículo publicado en la revista *Il Mulino*, con el significativo título «La democrazia immaginaria (La democracia imaginaria)», Galli della Loggia describió el accionismo como una mezcla de elitismo, antiparlamentarismo y populismo que, mediante la personalidad de Piero Gobetti, remontaba hasta el variado antigiolitismo intelectual del comienzo del siglo xx, es decir, a aquellos grupos y corrientes culturales que habían sido el caldo de cultivo también del fascismo. El accionismo provenía de la gran familia de los enemigos de la democracia liberal, que se situaban tanto en la derecha como en la izquierda³⁰. Un discurso muy parecido fue desarrollado por Dino Cofrancesco en su reflexión sobre el «gramsciazionismo»³¹. Desde el punto de vista de la democracia liberal, el accionismo cultural y la construcción de un discurso gramsciano por el PCI en la posguerra aparecían no solo contiguos, sino atribuibles en sus orígenes ideológicos y sociales al mismo caldo de cultivo que había generado, desde los primeros años del siglo xx, todos los enemigos de la libertad, de derecha y de izquierda.

Esta crítica se enlazó con la operación editorial probablemente más significativa de toda la década: la traducción instantánea de *Le passé d'une illusion* de François Furet, publicada por Mondadori³². En el centro de la crítica del historiador francés estaba la moralidad de una clase de sabios que había colocado el comunismo sobre la misma trayectoria de la democracia, a pesar de sus horrores, y que se había obstinado no querer ver las analogías que existían entre comunismo

³⁰ GALLI DELLA LOGGIA, Ernesto: «La democrazia immaginaria. L'azionismo e l'«ideologia italiana», *Il Mulino*, XLVI, 346 (1993), pp. 255-270.

³¹ COFRANCESCO, Dino: *Sul gramsciazionismo e dintorni*, Lungro di Cosenza, Costantino Marco Editore, 2001.

³² FURET, François: *Il passato di un'illusione. L'idea comunista nel xx secolo*, Milano, Mondadori, 1995 (ed. or.: *Le Passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au xxe siècle*, Paris, Editions Robert Laffont/Calmann-Lévy, 1995).

y nazismo, a pesar de todas las diferencias. Las ideas de Furet tuvieron un impacto muy fuerte en el peculiar contexto italiano, donde los intelectuales democráticos habían sentido sólo en algunos casos la necesidad de enfrentarse con los problemas del comunismo. Al mismo tiempo, el cuadro delineado por el historiador francés fortaleció la determinación de los que, cultivando desde hacía tiempo la imagen del comunismo como tiranía perteneciente a la misma familia política de los fascismos, se habían puesto a la búsqueda de una tradición liberal alternativa a la tradición jacobino-revolucionaria. La fortuna de Elie Halévy en Italia en estos años es debida a Gaetano Quagliariello, autor de un largo ensayo introductorio a la primera edición italiana de *L'Ere des Tyrannies*, en 1998³³. La investigación alrededor del pensamiento antitotalitario, tomando naturalmente como punto de partida la relectura del clásico trabajo de Hannah Arendt, caracterizó también la línea de revistas como *Il Mulino*, entre otras.

Resistencia. De amanecer de una nueva época a expresión del ocaso de la idea de nación

Al comienzo de los años noventa fue atacada, junto con la posición democrática espuria de los intelectuales italianos, la interpretación de la historia de los orígenes de la República que había dominado hasta aquel entonces. Para comprender el fuerte impacto que tuvo la tesis de la «muerte de la patria», se tiene que remontar a las retóricas resistenciales que habían caracterizado la larga posguerra italiana. La importante obra de Claudio Pavone, publicada en 1991, que describía la Resistencia italiana como un conjunto de tres guerras —guerra de liberación nacional, guerra civil y guerra de clases—, representó una investigación acerca de los diferentes niveles de la identidad antifascista en el momento de la elección moral de la Resistencia³⁴. En la posguerra estos diferentes niveles se vieron absorbidos en la dimensión de la memoria política, que los partidos y las instituciones activaron de manera selectiva, extrayendo su propia savia vital de la recuperación de algunos elementos y del olvido de otros. Por ejemplo, el PCI excluyó de su narración acerca de la Resistencia el tema de la «guerra civil», haciendo en cambio hincapié en la «liberación nacional». En efecto, mediante la demonización de los fascistas de Salò, reducidos a sicarios de Hitler y por lo tanto desprovistos de un proyecto político autónomo, se podía destacar el papel que el PCI, en cuanto fuerza hegemónica de la Resistencia, había desempeñado en la Guerra contra los invasores alemanes. De esta manera, en definitiva, se podía exaltar la función nacional del comunismo italiano, su enraizamiento autóctono y, sobre todo, su autonomía de Moscú.

³³ HALÉVY, Elie: *L'era delle tirannie*, introducción por G. Quagliariello, Roma, Ideazione, 1998.

³⁴ PAVONE, Claudio: *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralità della Resistenza*, Torino, Bollati Boringhieri, 1991.

A pesar de las diferentes maneras de interpretar la Resistencia, un elemento se había quedado fijo en la mayoría de las culturas del antifascismo: los veinte meses de la lucha partisana constituían el primer acto de la democracia italiana y, al mismo tiempo, el laboratorio donde habían sido elaborados los proyectos para la reconstrucción de la identidad nacional. El derrumbe de las instituciones el 8 de septiembre de 1943 había sido sin duda el comienzo de una tragedia, caracterizada por la traición de la Corona, por la reducción de Italia a campo de lucha entre las grandes potencias, por los bombardeos sobre la población civil, por las matanzas nazi-fascistas, y por la deportación de los judíos; sin embargo, al mismo tiempo, se había abierto una ventana de oportunidades, es decir, la posibilidad de realizar una ruptura en la historia del Estado y de la sociedad italianos, gracias a la Resistencia antifascista que había puesto las premisas para romper con el carácter conservador del viejo Estado liberal, responsable de haber favorecido la toma del poder por Mussolini en 1922³⁵.

No había faltado durante las décadas de la edad republicana una literatura propensa a subrayar más las dificultades que las oportunidades de los acontecimientos de 1943-1945. A uno de estos textos —el *De Profundis* escrito por Salvatore Satta en 1944-1945— se había referido por ejemplo Ernesto Galli della Loggia en la *Muerte de la Patria*³⁶. Pero solamente en el clima de revisionismo histórico del comienzo de los años noventa ha podido emerger una tesis tan hostil al carácter auroral de la Resistencia. Al centro del relato de los orígenes realizado por Galli della Loggia, se encontraba la falta de cohesión de la nación italiana como premisa causal de los fenómenos degenerativos que habrían dominado el sistema de los partidos en los años siguientes. El final del régimen fascista había inaugurado una dinámica de ruptura de las estructuras estatales y militares y, desde un punto de vista más general, de aquella dimensión simbólica que en su conjunto concernía a la formación de la identidad nacional de un país que tenía a sus espaldas una historia unitaria muy reciente. Los partidos antifascistas, que habían vuelto a actuar en el interior sólo poco antes del drama, preocupándose sobre todo de ocupar las instituciones estatales, no habían sido capaces de reconstruir una idea de nación compartida por la mayoría de los italianos: la nación como sentimiento de pertenencia había dejado lugar a opuestas identidades colectivas de carácter universal, como la católica o la comunista. En otro frente, las ligazones internas a la sociedad estaban destinadas a producir fragmentaciones de varios tipos, sociales, territoriales y corporativas. Las reflexiones expuestas por De Felice en otro libro-entrevista —con el título significativo *Il rosso e il nero (El rojo y el negro)*— se movían en una dirección análoga³⁷.

³⁵ ZUNINO, Pier G.: *La repubblica e...*, *op. cit.*

³⁶ GALLI DELLA LOGGIA, Ernesto: *La morte della patria: la crisi dell'idea di nazione tra Resistenza, antifascismo e Repubblica*, Roma-Bari, Laterza, 1996.

³⁷ DE FELICE, Renzo: *Rosso e nero*, entrevista por P. Chessa, Milano, Baldini-Castoldi, 1995.

En la transición política de la democracia italiana

Estas reflexiones tienen que ser contextualizadas en la peculiar situación producida por la crisis política e institucional de 1992³⁸. La desintegración por medio judicial de los partidos gubernamentales constituyó la premisa para que también las tradicionales retóricas discursivas del antifascismo fuesen rápidamente dejadas al margen. Paralelamente, en las filas de los nuevos sujetos políticos que estaban surgiendo a la derecha del sistema político, tomó forma una estrategia de revalorización a medio camino entre historia y memoria. En 1995, Gianfranco Fini reivindicó el antifascismo como parte importante del patrimonio de Alianza Nacional, la formación política que estaba surgiendo de las cenizas del Movimiento Social³⁹. Demostrando haber aprendido la lección de De Felice, Fini recordó que el antifascismo había sido sin duda el medio que había permitido la vuelta de la democracia: pero, por otro lado, había sido también una ideología, o sea la máscara que el comunismo se había puesto para esconder su verdadera cara totalitaria. Ahora que el siglo de los totalitarismos había terminado, para Fini era necesario dar con una salida de los viejos esquemas, para llevar el país hacia una democracia liberal madura, contraria por su propia esencia a todas las dictaduras.

La reacción emotiva a la victoria electoral de la coalición de las derechas encabezada por Silvio Berlusconi, en marzo de 1994, fue en realidad muy fuerte, y encontró su primer desahogo el siguiente 25 de abril, en la manifestación milanesa que tuvo lugar en ocasión del 49º aniversario de la Liberación⁴⁰. A partir de aquella jornada de primavera, el antifascismo tomó nuevamente vida en las formas del antiberlusconismo, una identidad opositora de nuevo cuño, que sin embargo utilizaba lenguajes y prácticas ya consolidadas a partir de los años cincuenta. En especial, tomó nueva vida la idea de la necesidad de la movilización de los demócratas contra el peligro autoritario proveniente de la derecha. Por su parte, confirmando que la memoria era terreno de conflicto político, Berlusconi ignoró casi siempre las celebraciones y ceremonias relacionadas con la Resistencia y la Liberación. Una actitud que se intensificó en los años siguientes, cuando él encabezó, a partir de 2001, un segundo gobierno que duró una legislatura entera. A ojos de Berlusconi, el 25 de abril representaba la fiesta de sus enemigos, que lo atacaban con todos los medios, desde la agresión judicial hasta el uso instrumental de la memoria pública. En otras palabras, a partir de los años noventa, la reaparición del antifascismo como paradigma separativo se juntó con el nuevo

³⁸ Para un marco general de la crisis véase IGNAZI, Piero: *Il potere dei partiti. La politica in Italia dagli anni Sessanta a oggi*, Roma-Bari, Laterza, 2002. La mejor interpretación de las causas a largo plazo se encuentra en CAFAGNA, Luciano: *La Grande slavina...*, *op. cit.*

³⁹ ROMANELLI, Raffaele: «Retoriche di fine millennio», en L. di Nucci y E. Galli della Loggia (eds.), *Due nazioni. Legittimazione...*, *op. cit.*, pp. 340 y ss.

⁴⁰ FOCARDI, Filippo: *La guerra della...*, *op. cit.*

giro a la derecha del «variado anticomunismo italiano»⁴¹, en que el alma más genuinamente liberal y antitotalitaria perdió progresivamente terreno a favor de una movilización de carácter populista, orientada a sugerir al electorado moderado la imagen negativa de un círculo vicioso entre el persistente comunismo —que todavía dominaba a pesar de la aparente desaparición del PCI—, el estatalismo imperante y la amenaza de nuevos impuestos por parte del centro-izquierda.

La íntima ligazón entre las nuevas derechas y el revisionismo ha sido el tema en que la izquierda intelectual ha hecho más hincapié en estos años. Muchos se han manifestado convencidos de que las tesis revisionistas constituían los soportes ideológicos para proyectos destinados a modificar el sistema político en sentido autoritario, mediante la reducción de la participación democrática a una aclamación de carácter populista. La desertificación de la memoria pública, las simplificaciones maniqueas de la historia, e incluso las manipulaciones documentales, estaban dirigidas a lograr este objetivo. Desde este punto de vista, como ha notado Raffaele Romanelli, es significativo el subtítulo de un volumen editado por Enzo Collotti, donde la palabra revisionismo se encuentra asociada al negacionismo y a las remociones de la memoria⁴². A escala más amplia, Domenico Losurdo dedicó un entero volumen al análisis del revisionismo histórico, relacionándolo con los proyectos de restauración social y política en curso⁴³.

Estas actitudes hicieron aún más difícil la distinción entre la investigación histórica y aquel uso político-ideológico de la historia que presentó un carácter notablemente agresivo sobre todo en los medios de comunicación de masas. La distinción no era fácil, como quedó demostrado por las polémicas acerca de la presencia de un fuerte partido comunista en la historia republicana italiana. La rigurosa investigación de archivo sobre Togliatti y Stalin realizada por Elena Aga Rossi y Victor Zaslavsky fue publicada en 1997⁴⁴, mientras que en el debate público arreciaban las polémicas sobre el «triángulo de la muerte» en la Emilia de la posguerra, sobre la agresividad de los comunistas friulanos hacia las otras fuerzas antifascistas del CLN (Porzûs), y sobre las limpiezas étnicas realizadas por el comunismo yugoslavo en la frontera oriental (las foibas)⁴⁵. Desde el punto de vista de la comunicación de masas, el resultado más importante de la interacción entre revisionismo y *mass media* ha sido representado sin duda por la publicación, en 2003, de *Il sangue dei vinti* (*La sangre de los vencidos*) de Gianpaolo Pansa, un periodista de izquierda que se había

⁴¹ PERTICI, Roberto: «Il vario anticomunismo...», *op. cit.*

⁴² COLLOTTI, ENZO (ed.): *Fascismo e antifascismo. Rimozioni, revisioni e negazioni*, Roma-Bari, Laterza, 2000.

⁴³ LOSURDO, Domenico: *Il revisionismo storico. Problemi e miti*, Roma, Laterza 1996.

⁴⁴ AGA ROSSI, Elena y ZASLAVSKY, Victor: *Togliatti e Stalin. Il PCI e la politica estera staliniana negli archivi di Mosca*, Bologna, Il Mulino, 1997.

⁴⁵ ROMANELLI, Raffaele: «Retoriche di fine...», *op. cit.*

decidido a investigar sobre la prosecución, después de 1945, de las violencias ejercidas por los partisanos comunistas, que mataron sumariamente no sólo a fascistas, sino también «burgueses» considerados como enemigos⁴⁶. Recientemente, *Il sangue dei vinti* ha devenido también una serie televisiva.

El problema de la integración cultural para una democracia en transición

La desacralización de la Resistencia a manos de los revisionistas coincidió con un momento en que se volvía imperiosamente a sentir la necesidad de una fuerte identidad nacional. La cuestión era muy delicada, sobre todo porque la nueva configuración bipolar del sistema, inaugurada por las elecciones de abril de 1994, requería no sólo una ingeniería constitucional más adecuada, sino también la formación de un espacio simbólico compartido, encargado de amortiguar la conflictividad política cuando fuera necesario. Esta necesidad fue presentada ya en 1993 por Gian Enrico Rusconi, que escribió que «una democracia para ser vital necesita una integración cultural que se deriva también de la conciencia, por parte de sus ciudadanos, de construir una comunidad con una historia y una identidad comunes, de hecho coincidentes con la pertenencia nacional, por mucho que ésta sea controvertida»⁴⁷. La integración cultural era aún más necesaria si se considera que estaba emergiendo con fuerza la dimensión étnica de la política, como queda demostrado por el rápido crecimiento de la Liga Norte. Por otro lado, el proceso de europeización de Italia había llegado a los acuerdos de Maastricht, es decir, a un punto en que se presentaba la necesidad de redefinir profundamente no sólo los mecanismos de reproducción del consenso, sino también los rasgos de la identidad nacional. En este marco, no fue por lo tanto casual que volviera al primer plano el debate sobre la identidad italiana. Se ha hecho referencia al ensayo de Rusconi, con el título alarmado *Se cessiamo di essere una nazione (Si dejamos de ser una nación)*. El mismo año Silvio Lanaro escribió la introducción para la nueva edición de *Che cosa è una nazione (Qué es una nación)* de Renan. En 1996, hubo una reedición de la clásica obra de Giulio Bollati, el *Italiano*, y en 1998 salió *L'identità degli italiani (La identidad de los italianos)* de Galli della Loggia, primer volumen de una serie dedicada a dicho tema.

Una respuesta a los problemas de la identidad nacional provino del mundo católico, haciendo nuevamente hincapié sobre la herencia del antifascismo y de la Resistencia, pero en una clave diferente de la de la izquierda intelectual. El complejo discurso que Pietro Scoppola articuló a lo largo de los años noventa se situó al margen del enfrentamiento directo revisionismo-antirevisionismo, utilizando el grande cambio del paradigma internacional —el final de la concepción del

⁴⁶ PANSÀ, Giampaolo: *Il sangue dei vinti*, Milano, Sperling e Kupfer, 2003.

⁴⁷ RUSCONI, Gian Enrico: *Se cessiamo di essere una nazione. Tra etnodemocrazie regionali e cittadinanza europea*, Bologna, Il Mulino, 1993, p. 80.

comunismo como factor de progreso en la historia del siglo xx— como premisa de una visión de la democracia italiana como antirrevolución⁴⁸. La democracia como antirrevolución había representado históricamente la victoria del mundo católico democrático, liderado por Alcide De Gasperi, sobre las concepciones revolucionarias de la izquierda de la posguerra. Ahora, en el diferente clima de la transición de los años noventa, el horizonte de la democracia como antirrevolución tenía que indicar un desenlace político e institucional diferente respecto a lo de la «derecha revolucionaria», representada por la coalición encabezada por Silvio Berlusconi. A Scoppola esta derecha le parecía decidida a borrar la configuración parlamentaria de la República italiana nacida de la experiencia de la Guerra y de la Resistencia antifascista, sustituyéndola con un presidencialismo sin raíces históricas que se alimentaba de la fuente del revisionismo histórico⁴⁹.

Scoppola reivindicó la tradición del historicismo europeo para afirmar un nexo entre historia de los orígenes republicanos y reforma institucional, con el fin de edificar una República de los ciudadanos que tomase el lugar de la República de los partidos. Su discurso partía de la constatación de que el derrumbe del Estado monárquico había representado seguramente un trauma profundo, pero al mismo tiempo un renacimiento. A partir del 8 de septiembre de 1943, había resaltado la unidad profunda del pueblo que, en efecto, durante los meses de la ocupación militar nazi había protagonizado una Resistencia civil: ésta, más que la Resistencia militar de los partidos, había favorecido la reconstrucción del tejido civil y moral de la nación italiana. En otras palabras, la Resistencia civil representó el momento pre-político de aquel contrato que los italianos habrían suscrito poco después, con la doble votación del 2 de junio de 1946. Esta secuencia histórica originaria constituía por sí misma una invitación a realizar una reforma institucional que procediese gradualmente, basándose sobre una cultura de la enmienda institucional capaz de favorecer la restauración de la inspiración originaria de la República, después de tantos compromisos, degeneraciones y regresiones en el ámbito civil.

El historiador católico creyó que los referéndum de 1991 y 1993 coincidían, en su inspiración fundamental, con el espíritu de participación popular del referéndum de 1946. Tanto éste como aquellos desempeñaban la función de formas

⁴⁸ SCOPPOLA, Pietro: *La Repubblica dei partiti. Profilo storico della democrazia in Italia (1945-1990)*, Bologna, Il Mulino, 1991. El libro de Scoppola fue publicado nuevamente en 1997, con nuevos capítulos sobre el desarrollo del sistema político italiano hasta la mitad de los años noventa: *La repubblica dei partiti. Evoluzione e crisi di un sistema politico 1945-1996*, Bologna, Il Mulino, 1997. Sobre la personalidad de De Gasperi como portador de un proyecto de democracia como antirrevolución, véase también CRAVERI, Piero: *De Gasperi*, Bologna, Il Mulino, 2006.

⁴⁹ La polémica de Scoppola en contra de la derecha política e historiográfica se desarrolló sobre todo en dos breves pero significativos escritos, SCOPPOLA, Pietro: *25 aprile. Liberazione*, Torino, Einaudi, 1995; y *La Costituzione contesa*, Torino, Einaudi, 1998.

contractuales entre los italianos, en el sentido de un verdadero *pactum societatis*. Diferente era, a su juicio, la intención de la derecha que, mediante la liquidación de la historia de los orígenes republicanos, aspiraba a debilitar la Constitución republicana que de aquella historia constituía el resultado más importante. Por esta vía, por lo tanto, la derecha quería preparar el terreno para una reforma institucional de carácter presidencialista, saliendo totalmente del trayecto delineado por los constituyentes de la posguerra. Mediante un uso impropio de la historia, por lo tanto, la derecha buscaba crear una democracia plebiscitaria, seguida por un público sin referencias ni memoria histórica y, en consecuencia, incapaz de ejercer una función de control sobre la clase política, sino de aclamarla solamente.

La resistencia civil, el *pactum societatis* y la búsqueda de la continuidad institucional —o sea, todos los temas de Scoppola— pronto han salido de la dimensión limitada del debate historiográfico para proyectarse en el horizonte de las instituciones públicas. El nexo nación-antifascismo, establecido por Scoppola, ha sido utilizado frecuentemente por el Presidente de la República Carlo Azeglio Ciampi en el ámbito de un discurso público que se ha caracterizado por el relanzamiento de momentos litúrgicos que habían acabado en el olvido —la fiesta republicana del 2 de junio—, varias ceremonias públicas, etc.⁵⁰ El nombramiento de Oscar Luigi Scalfaro como Presidente Honorífico del Instituto nacional para la historia del movimiento de liberación en Italia (Istituto Parri) es una demostración de hasta qué punto se ha hecho fuerte el nexo entre la red de los institutos que promueven la memoria de la Resistencia y la presidencia de la República, garante del equilibrio y de la continuidad de la Constitución nacida del antifascismo.

Conclusiones. Estrategia de la memoria y estrategia del consenso en una democracia disociadora

La capacidad de recuperación demostrada en estos años por el antifascismo, entendido como conjunto de memorias y valores, no debe ser infravalorada. Los problemas presentados por el cambio de época —en especial la cuestión de la integración cultural de la democracia en un mundo en transformación— han llevado a singularizarlo como un recurso para la recomposición de la identidad nacional. Sin embargo, no se puede omitir que este antifascismo revitalizado, de hecho, no es ya más un idioma compartido, un circuito memorial y litúrgico utilizado como referencia por las fuerzas políticas en su proceso de legitimación. De hecho, no se trata de un cambio necesariamente negativo, dado que la persistencia del antifascismo en el discurso institucional y en la construcción de las identidades políticas había escondido, en el fondo, algunas formas de retraso cultural respecto a los rápidos procesos de modernización que había experimentado Italia a partir de los

⁵⁰ FOCARDI, Filippo: *La guerra della...*, *op. cit.*

años sesenta. En efecto, el antifascismo como referencia común de la clase política italiana, declinado cada vez más en sentido puramente retórico, había acabado por encubrir las dificultades en que se encontraba un país caracterizado por un desarrollo sin guía, es decir, sin un discurso moderno acerca de la ética pública⁵¹. En una sociedad post-ideológica como la de los años noventa —profundamente fragmentada según líneas territoriales, sectoriales y corporativas aún más amplias que en el pasado, y al mismo tiempo influenciada de pleno por la ola de la secularización— el espacio para el antifascismo se había reducido significativamente.

Pero queda el hecho de que la superación del antifascismo como idioma compartido no ha representado una gran ventaja, en cuanto que ha acabado por proponer nuevamente, quizás exasperándolo, uno de los males profundos de la política y de las instituciones italianas: la deslegitimación del adversario político, o por lo menos un sentimiento de profunda alteridad mutua entre los actores políticos. Esta alteridad ha tenido, y sigue teniendo, una proyección institucional muy fuerte, con una estrategia de la memoria que ha tendido a organizarse casi naturalmente alrededor de la personalidad del Presidente de la República, Giorgio Napolitano desde 2006, y una estrategia del consenso que, en cambio, es reivindicada orgullosamente por el Presidente del Gobierno, Silvio Berlusconi. Hay que recordar que se ha tratado, y sigue tratándose, no sólo de una división fisiológica entre las partes, sino de un conflicto potencial que tiene como objeto las diferentes representaciones de la reforma institucional y, más en general, de la democracia. Por un lado, la revalorización de los orígenes históricos de la República se junta con la propuesta de una gradual racionalización del parlamentarismo; por el otro, el reajuste del culto de los orígenes republicanos se enlaza con el proyecto de una reforma radical que mira a la presidencialización del sistema político.

La evolución de las instituciones italianas difícilmente progresará siguiendo netamente una de estas dos propuestas que, de hecho, ni siquiera han sido claramente delineadas. Hay que considerar que el recorrido de las reformas empezado a partir de los años ochenta ha sido siempre extremadamente resbaladizo, caracterizado por contradicciones, fracasos, empujes en diferentes direcciones, pero también por ajustes más o menos significativos⁵². Sin embargo, la simple amenaza de que la parte contraria pudiese proceder hacia la racionalización de su propia idea de reforma, ha causado un duro enfrentamiento acerca del cuerpo y de la esencia de la historia republicana. Un enfrentamiento que ha revelado, más que la instrumentalidad política de algunas tesis, la conflictividad que sigue atravesando el espacio político italiano incluso durante una época post-ideológica como la que vivimos.

⁵¹ SCOPPOLA, Pietro: *La Repubblica dei...*, *op. cit.*

⁵² Véase QUAGLIARIELLO, Gaetano: *Gli anni Ottanta: gli aspetti politico-istituzionali. Un'interpretazione*, en S. Colarizi, P. Craveri, S. Pons y G. Quagliariello, Gaetano (eds.): *Gli Anni ottanta...*, *op. cit.*, pp. 267-280.